111360

LA BATRACOMIOMAQUIA,

Ó SEA

BATALLA ENTRE LAS RANAS Y LOS RATONES,

poema traducido del griego.

El coro todo de heliconias musas
A inspirar venga mi hervoroso pecho,
Que á cantar voy la lucha porfiada
Que atizó Marte, autor de lides ciego,
Y sobre mi rodilla en enceradas
Tablas grabé para inmortal recuerdo.
¡Oh, quién me diera que con fama eterna
Resonára por todo el universo
La gallardía con que pelearon
Contra las ranas los ratones fieros,
De los gigantes, de la tierra aborto,
Imitando el insano atrevimiento!
Cual fuese la ocasion de furor tanto,
Oid, mortales, que á cantar empiezo:
De las uñas de un gato á duras penas
Escapando un raton, llegó sediento

De un charco á orilla, y en el agua dulce
Metia á su placer su hocico tierno.
Gozalagos le atisba, y con voz hueca
Le dice: «¡Hola! ¿quién eres, extranjero?
¿De dónde á estas riberas has venido?
¿A quién debes el sér? De todo quiero
Que sin faltar á la verdad me informes,
Porque si yo por tu relato advierto
Que en nada mientes, mi amistad, mi casa,
Muchos y ricos dones te prometo.
Yo el rey soy Carinflado, á quien las ranas
De este charco tributan fiel respeto.
Hijo soy de Legamio y Aguasmanda,
Que en la márgen de Erídano se unieron
De amor en dulces lazos. Tu hermosura,
Tu bizarría y preeminencia observo,
Tu brío en las batallas, y la insignia
De dignidad real en ese cetro.
Ea; de tu prosapia dame cuenta,
Que ansioso de tu boca oirla espero.»
Contestando el raton: «Es bien extraño,
Dijo, que sólo á tí se haya encubierto
El esplendor de mi linaje claro,
A dioses, hombres y aves manifiesto.
Robamigas me llamo; y es mi padre
Zampatortas, raton de ánimo excelso.
Del gran rey Tragapiernas, hija ilustre,
Dientimonda, mi madre, en agujero

457
111360

Oculto me parió. Con higos, nueces
Y otros manjares mil de tanto precio
Me crió. Mal podrán hacerse amigos,
Si en nada se parecen dos sujetos.
Tú vives en el agua; yo, al contrario,
De cuanto el hombre come me alimento.
El pan floreado, la anchurosa torta,
Anisada y metida en hondo cesto,
Las piernas, entretelas y asaduras,
De rica leche el bien prensado queso;
Dulce mostillo, que envidiosos miran
Los bienaventurados desde el cielo,
Cuantas viandas con mil artes guisan
En limpias ollas diestros cocineros
Para regalo de glotones, yacen
De mi diente sutil bajo el imperio.
Nunca me vió la espalda el enemigo,
Espantado al crujir de los aceros.
Pronto, sí, siempre en las primeras filas,
Alarde hice de valor guerrero.
No me infundió pavor hombre ninguno,
Por forzudo que fuese y corpulento.
Sobre su lecho alguna vez le asalto,
Y le muerdo la yema de los dedos;
Le tiro de las piernas, y él tranquilo,
Sin curarse de mí, sigue durmiendo.
Dos enemigos, que me son fatales,
Sobre el globo terráqueo sólo temo,

El gabilan y el gato. Una maldita
Trampa hay tambien donde tal vez tropiezo
Con ventura falaz; pero es el gato
Mi enemigo entre todos más tremendo,
Que astuto con su garra escudriñando,
Me sorprende en secretos agujeros.
Yo jamas como rábanos, acelgas,
Apios ni berzas; calabazas ménos;
Estas verduras aprovechan sólo
A estómagos de jugos como el vuestro.»
A estas razones con falaz sonrisa,
Respondió Carinflado: «Forastero,
Muchas glorias predicas de tu panza,
Pero nosotros mucho más tenemos,
En tierra y agua, que tu vista admire.
A las ranas dió Jove que ambos fueros
Gozasen; por la tierra andar saltando,
Y en las aguas hundir libres sus cuerpos.
Si de todo quisieres enterarte,
Verás cuán fácilmente te lo muestro.
Monta sobre mi espalda, y con tus manos
A mis hombros agárrate sin miedo
De que caerte puedas; y en un soplo
A mi palacio llegarás contento.»
Esto dicho la espalda le presenta,
Y de un brinco sobre él saltó ligero
El raton, que gozoso, siempre asidas
Las manos del Inflado al tierno cuello,

457
111360

Iba mirando las vecinas playas,
Navegando en un buque tan velero.
Mas ya que sintió al fin que iban las olas
Por instantes su espalda humedeciendo,
Allí fueron los lloros, los pesares,
Y rabioso arrancarse los cabellos.
Las piernas apretaba á la barriga;
Con rapidez no usada dentro el pecho
Le palpitaba, clava sollozando
En la tierra sus ojos turbulentos,
Y un helado terror de él se apodera.
Arrastrando la cola como un remo,
A tenderla empezó sobre las aguas,
Importunando á Júpiter con ruegos
Que llegar le dejase á tierra firme;
Pero las olas más iban creciendo.
Entónces, apretando los pulmones,
Razones tales arrancó del pecho:
«Bien de otro modo el Toro á su querida
Europa, haciendo de su lomo asiento,
La trasportaba á Creta navegando;
Tal como á mí me lleva este perverso
A su palacio, sobre sus costillas,
Del agua alzando el cuerpo amarillento.»
Aparece á deshora una espantosa
Culebra, que empinando el cuello enhiesto
Sobre el agua, á los dos dejó asustados.
Sin mirar Carinflado en más respetos,

Ni atender al peligro en que quedaba
De perecer su triste compañero,
De la laguna al fondo se zambulle,
Y escapa así del inminente riesgo.
El raton desdichado, panza arriba,
Nadando sobre el líquido elemento,
Las piernas apretaba, y despedia,
Dando diente con diente, su resuello.
Ya se hundia en el agua, ya sobre ella
Hincapié con las zancas iba haciendo,
Mas sin poder salvarse. Su zalea,
Cuanto más se empapaba, más el peso
Aumentaba, y le hundia. Convencido
De que se ahogaba ya sin más remedio,
Desesperado dice: «¡No á los dioses
Ocultarás el vil procedimiento
De dejarme caer, cual de una roca,
Desde la altura de tu extenso cuerpo
En el agua, maldito Carinflado.
Si lidiáras conmigo en firme suelo
A correr, á puñadas, brazo á brazo,
O á cualquier ejercicio violento,
No me ganáras tú; y áun en las aguas,
Sólo á traicion me vences, embustero.
Mas Jove que lo ve, me hará vengado;
Y hará en tí todo el bando ratonesco,
Sin que evitarlo puedas, tal castigo,
Que á los traidores sirva de escarmiento.»

457
111360

Así dijo, y sin más lanzó el cuitado
Del alma el postrimer vital aliento.
Recostado á la orilla Lameplatos,
En blando césped, vió el cadáver yerto
Sobre el agua. Chillando horriblemente,
Corrió á dar parte del fatal suceso
A los ratones, que al oirlo braman,
Y les hierve la cólera en los pechos.
En córtes generales determinan
Juntarse desde el punto que el lucero
Del alba salga en el siguiente dia:
Y el bando hacen saber los pregoneros,
Que ordena á todos concurrir sin falta
De Zampatortas al alcázar régio,
Padre del infelice Robamigas,
Que panza arriba en cristalino lecho
Yace yerto cadáver, no á la orilla,
Sino á la flor del agua, allá en el centro
Del piélago nadando. Ya á la aurora
No faltaba ninguno en el congreso.
Zampatortas, que en ira y rabia ardia,
Tomando la palabra, habló el primero:
«Aunque yo solo, amados compatriotas,
De las ranas sufrí males inmensos,
La infausta suerte á todos amenaza.
¡Desdichado de mí! Tres hijos cuento
Perdidos por mi mal. Atrapó al uno
Al asomarse incauto á su agujero,

Una gata feroz, que con sus uñas
Menudas trizas hizo hasta los huesos.
Hombres crüeles al segundo cogen
En una trampa, artificioso invento,
Que llaman ratonera, de infortunios
A nuestra raza manantial perpétuo;
Y sin piedad allí lo sacrifican.
Carinflado ¡que rabia! al predilecto
De mis entrañas, de su augusta madre
La prenda más querida, el embeloso
De nuestros ojos, pérfido lo ahoga
En un profundo charco. Compañeros,
Al arma, al arma; cada cual apreste
Su más terrible y cómodo armamento.
A batalla campal contra las ranas
Salgamos, de armas guarnecido el cuerpo.»
Con tan vehemente alocucion movidos,
Todos á armarse presurosos fueron
Con las armas que Marte les ofrece,
A quien toca en las guerras el gobierno.
Las piernas cubren con lucientes grevas,
Que de vainillas de habas verdes diestros
Una noche forjaron, á porfía
Las matas con sutil diente royendo.
Fuertes corazas de la piel de un gato,
Que desollaron con osado aliento,
Bien chapadas con cañas fabricaron
Para defensa de sus firmes pechos.

457
111360

De cáscaras de nuez morriones hacen,
Y los arneses de candiles viejos.
Las lanzas eran como agujas largas,
Que Marte les labró de fino acero.
Gallardos salen á la guerra armados;
Y las ranas, así que lo supieron,
Saltan del agua y al paraje vienen
Do tener acostumbran sus consejos.
La desastrosa guerra consideran:
Cuál el motivo del hostil proyecto
Pudiera ser, atónitos indagan;
Cuando un trompeta aproximarse vieron
Concetro en mano. Cataorzas era,
Hijo del animoso Oradaquesos,
La guerra les intima en voz sonora:
«¡Oh ranas! de ratones mensajero,
Os anuncio, les dice, que con armas
Salgais á pelear en campo abierto.
Ahogado sobre el agua á Robamigas
Ha visto mi nacion con sentimiento:
Y que de este fracaso, Carinflado,
Vuestro rey, fué el autor, tambien sabemos.
A sostener la hazaña con la espada,
Si á tanto llega vuestra audacia, os reto.»
Dijo, y la espalda vuelve. En los oidos
De las ranas altivas largo tiempo
Resonó el arrogante desafío,
Dejando atolondrados sus cerebros.

A Carinflado reconvienen todas,
Y él, puesto en pié, les dijo: «Yo no he muerto
A tal raton, ni perecer le he visto.
El fué, sí, quien se ahogó, porque inexperto
Se arrojó sobre el lago de las ranas,
Remedando el nadar por pasatiempo.
Y ahora á mí los pícaros me culpan,
Cuando inculpable soy. Pero bien presto,
Si seguir os pluguiere mi dictámen,
Sentirán los ratones todo el peso
De su perfidia; porque ya en mi mente
Un plan seguro y fácil me he propuesto.
Encima de las márgenes del charco,
Donde haya más barrancos, nos pondrémos
Ceñidos de armas; y cuando ellos lleguen
A arremeter, asiendo de sus yelmos
Cada cual al que tenga más cercano,
En el charco á la par damos con ellos,
Que oprimidos del peso de las armas,
Siendo para nadar unos zopencos,
Se ahogarán sin recurso. Aquí gozosos
Levantamos entónces un trofeo,
Do la fama repita con su trompa
La ratonimatanza en claros ecos.»
Calló, y á buscar armas todos corren.
De hojas de malvas borceguíes tersos
A sus piernas ajustán. Las acelgas
Anchurosas y verdes firmes petos

457
111360

Les suministran. Con primor no visto,
Las hojas de la berza, honor del huerto,
Para broqueles aderezan. Ponen,
En vez de lanzas en el ristre, sendos
Juncos largos y agudos; y las conchas,
De caracoles suplen el defecto
De cascos bronceados. Guarnecidos
Con estas armas, dándoles aliento
El coraje que hierve en sus entrañas,
Tomando posiciones del estero,
Al borde en los barrancos más tajados,
Blanden sus lanzas, vomitando fieros.
Júpiter, á los dioses convocando,
Subir les manda al estrellado cielo.
De la guerra terrible les da parte,
Del número y valor de los guerreros;
Muchos y excelsos, que con luengas lanzas
No están á pelear ménos resueltos
Que cuando los Centauros y Gigantes
El celestial alcázar combatieron.
Quién á las ranas, quién á los ratones
Su divino favor preste, risueño
Pregunta á todos; y con dulce agrado
La palabra á Minerva dirigiendo,
«Hija, le dice, tú darás tu auxilio
A los ratones, que en tu augusto templo
Andan saltando siempre, y participan
De las ofrendas del devoto pueblo,

Y gozan los perfumes que embalsaman
Tu trono y ara con olor sabeo.»
A Júpiter Minerva así responde:
«Si á los ratones en peligro extremo
Yo viera ¡oh padre! no los auxiliára,
Porque de ellos sufrí males sin cuento.
Arpar mis diademas, los faroles
Apagar por chuparse los mecheros
Con el mayor descaro, son injurias
Que las tengo clavadas en el pecho.
¡Y si en esto parasen!.... ¡Insolentes!
Han osado tambien roer mi peplo,
Que yo misma tejí de sutil trama
Y fino estambre, hilado por mis dedos
Con mil apuros; pues tomé al fiado
La lana, y no he cumplido con el dueño,
Ni he satisfecho al sastre las hechuras,
Que por la dilacion me exige premio.
Por esto los ratones me fastidian,
Pero las ranas no me enfadan ménos.
Entiendo que no tienen sano el juicio,
Porque cuando volví del campamento,
Cansada del trabajo de la guerra
Primera, y por demas falta de sueño;
Mis ojos no pegué en toda la noche;
¡Tanto fué el alboroto que trajeron!
Con dolor de cabeza desvelada,
Así que cantó el gallo dejé el lecho.

457
111360

Batallen como quieran, á ninguno
Con nuestro auxilio ¡oh dioses! ayudemos,
No sea que algun dardo nos alcance
De los que ellos disparan desde léjos;
Pues cuando se encarniza la refriega,
No reparan de dioses en respetos,
Y aquí desde el empíreo, sosegados,
Del guerrero espectáculo gocemos.»
La persuasiva arenga de Minerva
Convenció á sus divinos compañeros,
Que en lugar oportuno se colocan.
Preséntase á sus ojos el sangriento
Pendon que dos alféreces traian:
El bélico clamor dos trompeteros
Cínifes con espanto al aire esparcen,
Redoblando sus toques á degüello.
Desde el Olimpo Júpiter Saturnio
Tronó en señal de desastroso agüero.
Hasta el hígado el vientre atravesado,
Antes que nadie estrena Vocinglero
Su lanza en Fuertelame, que alto grado
Tenía entre la flor de los guerreros:
Precipitado cae, y con el polvo
Asqueroso quedó su fino pelo.
Su lanza en esto Minacuevas clava
En la tabla del pecho á Cienolento,
Con fuerza tanta, que la negra muerte
Le arrancó el alma al desplomarse el cuerpo.

Acélgamo, despues, á Cataorzas
El corazon traspasa. Violento
Pantraga el vientre rompe á Garlagarla,
Y el alma vuela de sus frios miembros.
Moribundo le mira Gozalagos,
Y el paso á Minacuevas dirigiendo,
Con una enorme piedra de molino
Le dió un golpe mortal en el pescuezo,
Y eterna oscuridad cerró sus ojos.
Va sobre él Fuertelame, y con su acero,
A Gozalagos con certero golpe
Los livianos le saca, y al momento
Zampacoles, tomándole las vueltas,
Se echa del lago en el fondeadero,
Y con denuedo lidia desde el agua;
Herido Fuertelame viene al suelo,
Y no rebulle. Se enrojece el agua
Con la sangre que arroja de su cuerpo
En la playa tendido, y en sus tripas
Y sebosas entrañas todo envuelto.
Charquiano, enfurecido, en las orillas
Del charco mata al bravo Oradaquesos.
Al ver á Roepiernas, temeroso
Huye saltando al lago Carriceño,
Roto el escudo. Vuela disparado
Por Gustaguas un canto, y el cerebro
Hunde al rey Mascapiernas, que despide
Despachurrados sus mezquinos sesos

457 111360

Por la nariz, teñidos en la sangre
Que el suelo inunda. El bravo Vuelcacienos
Alanceado cae por Lameplatos,
Y queda sepultado en sueño eterno.
A Usmeon acechando Sorbeovas,
Le agarra y trae con tenaces dedos
Por un talon al charco, y con el agua
Añuzcado, cerrósele el garguero.
Robamigas batalla enfurecido,
Al ver los suyos en el campo yertos,
Y la ancha panza rompe de Lodanio,
Metiéndole hasta el hígado el acero:
Cae el cadáver yerto á sus piés mismos
Y desciende el espíritu al averno.
Pisacienos lo ve; y una pellada
De lodo le arrojó, que el entrecejo
Le aplasta, y por muy poco no le ciega.
Entónces el raton, en ira ardiendo,
Brama de rabia, y con robusta mano
Una peña levanta, que en el suelo
Era carga pesada á nuestro globo,
Y brioso la arroja á Pisacienos
De rodillas abajo, y como alheña
La canilla derecha le ha deshecho,
Tendiéndole en el polvo panza-arriba.
Gritanio á defenderle va corriendo
Con lanza en ristre, y pasa á su contrario
Con ella el vientre, y al tirar del hierro,

Arráncale con mano poderosa
El entresijo é intestino recto,
Que por el ancho suelo desparrama.
Pancome, que esto observa desde léjos,
Pues quedó fuera de combate, cojo,
Junto á la charca con dolor intenso,
Se tiró, como pudo, en una zanja,
Por temor de pagar con el pellejo.
Con un pié herido escapa Carinflado,
Y á ocultarse en el charco va ligero,
De Zampatortas acosado. Y éste,
Que le veia casi sin aliento
Caer precipitado, á él se abalanza,
La atroz injuria de vengar sediento.
Mas Verdiovando, que el peligro advierte
En que se ve su triste compañero,
Por entre los más bravos se abre calle,
Y ya que cerca está, con brazo diestro
A Zampatortas una lanza vibra,
Que sin poder atravesar los cueros,
En la adarga quedó firme clavada.
Bizarro si los hay un raton nuevo,
A quien torcer ninguno el brazo pudo
Si á luchar se ponia cuerpo á cuerpo,
Adalid que otro Marte representa,
Del noble Panacecha el hijo tierno,
Robaparte, el gallardo, el valeroso,
El solo en batallar y vencer riesgos,

457
111360

A la márgen del lago se presenta,
Y ufano, como aquel que estaba cierto
De que todas las ranas no podian
Contrarestar su denodado esfuerzo,
Por más que peleasen, les intima
Que su exterminio tiene ya resuelto.
Y era tan grande su ardoroso brío,
Que uno fuera el decirlo y el hacerlo,
Si el padre de los dioses y los hombres
No hubiera á su bravura puesto freno,
Compadecido de las tristes ranas,
Que no tenian de salvarse medio.
La frente alzando el hijo de Saturno,
Declara así su compasivo afecto:
«¡Qué enorme empresa miro que acomete
Osado Robaparte y altanero!
Sus aterrantes voces de exterminio
Contra las ranas, danme gran tormento,
Pero allá vaya la guerrera Pálas,
Y tambien Marte, sin perder momento,
Y por más que confie en su pujanza,
Desistirá del belicoso empeño.»
A esta propuesta así responde Marte:
«¡Oh hijo de Saturno, yo comprendo
Que de Pálas y Marte el poder sólo
A las ranas no sirve de provecho.
Marchemos todos juntos en su ayuda;
O el arma fuerte esgrime, que el portento

Asombroso y fatal á los titanes
Obró, cuando la muerte á los que entre ellos
De más valientes se preciaban, diste,
Ahërrojado á Encélado trayendo,
Y á la indomable raza de gigantes
Duras cadenas anudando al cuello.»
Dijo: y el hijo de Saturno vibra
El rayo fulminante, y con el trueno
Retumbando la bóveda celeste,
Retemblar hizo el vasto firmamento.
Rodeando su brazo poderoso,
Lanza con furia ingente el rey del cielo
El rayo aterrador de los mortales,
Que bajó serpeando en presto vuelo.
Despavoridos ranas y ratones
Quedaron todos con tan recio estruendo.
Mas los ratones, recobrando el brío,
Sin reparar en sustos pasajeros,
En columna cerrada por los grupos
De las ranas con ímpetu rompieron.
Y no hubieran dejado rana á vida
Si Júpiter, propicio, con empeño
No ayudára á las ranas, enviando
De tropas auxiliares un refuerzo.
Grande caterva de repente vino
De campeones, que sin ser herreros,
Tienen lomos á yunques parecidos;
Sus garras corvas, el andar travieso,

457 111360

De tenazas armados los hocicos,
Bisojos, zambos, de huesudos miembros,
Anchos de espaldas, de hombros relucientes
De manos largas, miran por el pecho,
Teniendo dos cabezas, cuatro patas
Por banda mueven con gentil sosiego.
Pieles de concha llevan, son de trato
Aspero y duro: llámanse Cangrejos.
A los ratones, piés, manos y colas
Atarazan, dejando el tronco escueto,
Y en vano los ratones los arredran,
Que sus lanzas resaltan en los cueros.
Por fin, ya sin aliento los cuitados
Que quedaron con piés, huyen ligeros.
Paró al poner del sol la lucha horrenda,
Siendo su duracion de un dia entero.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
La Gatomaquia.	5
La Perromaquia.	87
La Batracomiomaquia.	164